

Voces compartidas: memorias y testimonios de la primera promoción de suboficiales enfermeras del Ejército (1982)

Testimonios de las protagonistas de la atención de heridos de Malvinas, compilados por Elizabeth Patricia Tiseira

Esta publicación está dedicada a las memorias, recuerdos y experiencias de nuestros veteranos de guerra, a quienes les damos gracias por su entrega y amor a la patria.

A nuestros pacientes evacuados al hospital militar Campo de Mayo, combatientes en la gesta, que confiaron en nuestra labor y aceptaron el acompañamiento durante su período de internación en momentos tan duros.

Especialmente dedicado a nuestros 649 héroes que nos miran desde un horizonte más profundo, desde donde iluminan y dejan florecer nuestras acciones. Para ellos nuestra gratitud más profunda y emotiva.

Agradecimientos

Queremos agradecer a las siguientes instituciones y personas el reconocimiento por haber brindado los cuidados de enfermería a los heridos de guerra, trasladados desde el Conflicto del Atlántico Sur y evacuados al entonces hospital militar de campaña 602 “Hospital Militar Campo de Mayo”: Federación Argentina de Enfermería (FAE), Dirección Nacional de Enfermería del Ministerio de Salud de la República Argentina, Asociación Enfermería Capital Federal (AECAF), Sindicato Trabajadores de Enfermería (SITRE), Escuela de Enfermería de la Universidad del Salvador, Red latinoamericana de Educación de Enfermería (RELEDEN), varias redes de conocimiento de la Campaña U-Nursing LatAm, ACE Latinoamérica. Además, al Instituto Superior de Formación Técnica N.º 182 (Técnicos de Enfermería), que nos concedió el apoyo necesario para el trabajo interdisciplinario que se realizó al cumplirse 40 años del conflicto, reuniendo más de 4800 personas de Argentina y Latinoamérica en un conversatorio en las diferentes redes, acompañadas por el Instituto Superior de Formación Docente N.º 42 (carrera de Psicología).

También a la Cámara de Diputados de la Provincia del Chaco, que mediante la Resolución N.º 399, de fecha 27 de abril de 2022, declaró de interés provincial el conversatorio llamado “El papel de las Mujeres del Ejército en el conflicto bélico de las Malvinas. Resaltar la loable labor técnico profesional de la primera promoción de mujeres suboficiales enfermeras que atendieron a los heridos de guerra de la gesta de Malvinas durante la postguerra. Resaltar el rol de las mujeres en el Ejército Argentino y su participación en las proyecciones académicas de las Fuerzas Armadas”.

Asimismo, a la Dirección Médica del Hospital Militar General Campo de Mayo “Cirujano 1ro Dr. Juan Madera”, por su invitación a estar presentes en el desfile donde la totalidad del personal nos homenajeó al cumplirse los 40 años de aquella ocasión especial, cuando cumplimos con nuestra misión.

Por todo el acompañamiento recibido en el año 2022, agradecemos al Centro de Salud Conjunto “Veteranos de Malvinas”, en Resistencia, Chaco, a cargo de la Tte. Cnel. Sandra Teresa López; al peronismo militante del Municipio de Esteban Echeverría; y a todas las universidades, escuelas secundarias y primarias que nos invitaron a narrar nuestras experiencias.

A nuestras familias, amigas y amigos, estudiantes de enfermería, muchos de los cuales desconocían nuestra labor, pero comprendían el amor que sentimos por nuestra profesión y nuestra Patria. A quienes nos brindaron la posibilidad de visibilizar nuestra labor en momentos tan difíciles.

A todas y todos, GRACIAS de corazón.

Elizabeth Patricia Tiseira

Presentación

La profesión de enfermería es uno de los ejes indispensables para las ciencias de la salud: es la base para la formación de grupos interdisciplinarios, pues su acción recae sobre el paciente, los familiares, y la sociedad. El éxito muchas veces depende de la responsabilidad de la enfermera y la relación que debe mantener con el paciente. Esto posibilita el seguimiento y cuidado, por ello es de vital importancia la preparación de estos profesionales en ese campo tan amplio de conocimiento.

Es un acierto una publicación de las vivencias de este grupo –en ese entonces jóvenes mujeres– de la carrera militar con especialidad en enfermería. Son profesionales y seres humanos con la calidez suficiente para cubrir las necesidades crecientes en un momento especial. La caduca consideración de que la enfermera solo debe “acatar órdenes” es ampliamente superada por la realidad de sus acciones y el reconocimiento de su aporte al equipo de salud. Para ello, la enfermera necesita una preparación cada vez más sólida en el campo científico.

Este compendio es de gran valor para toda persona que tenga que intervenir en el manejo de pacientes que regresan de la guerra. Se recomienda como material de consulta, aprendizaje y referencia para la generación de proyectos como enfermeras y estudiantes en el campo de la salud, pues presenta las narrativas de las estudiantes durante el conflicto en el Atlántico Sur en el año 1982.

Por todo ello, este importante documento ha tenido como máximo objetivo mostrar las pautas concretas que garantizan la calidad de la atención a una determinada población en momentos difíciles. En la actualidad, ninguna enfermera puede sentirse alejada del manejo integral del paciente, donde en forma habitual o circunstancialmente deberá ofrecer respuesta o indicación profesional. En estas reflexiones se ha basado este texto, cuya pretensión es que cualquier persona dedicada a la enfermería pueda extraer de este el rendimiento y las vivencias con cada paciente, para que le permitan resolver o aliviar una circunstancia de tales características.

No existen antecedentes en nuestro país de un hecho similar. Los temas narrados representan un esfuerzo de revisión, síntesis y aportes de las diferentes autoras en cada uno de los testimonios. Está presente el sentimiento, como el amor a la patria, al uniforme que portaron durante toda su carrera y a su profesión. Encuentro que es una lectura necesaria para que nos reconozcamos en nuestra historia personal, ya que fuimos parte de la historia de nuestra patria.

A mis compañeras les dejo plasmado un sincero y merecido reconocimiento, sea aquí, en la tierra o en el cielo, reciban gratitud por su entrega a esta amada profesión de la enfermería militar. Ustedes han contribuido para hacer posible esta obra, sigan adelante con buen ánimo y

pasión por todo lo que brindan.

Elizabeth Patricia Tiseira¹⁷

¹⁷ Elizabeth Patricia Tiseira formó parte de la primera promoción de mujeres del Ejército Argentino en 1982. Es Lic. en Enfermería por la Universidad Nacional de La Plata y Profesora en Enfermería por la Universidad Austral. Se desempeña como docente en la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales, en la Universidad de Hurlingham y en el Colegio Militar de la Nación.

Introducción

La memoria nos permite sanar, repensar nuestros sentimientos, reconstruir las historias y crear un nuevo horizonte.

Karla Ivonne Mijangos Fuentes

En otro tiempo se desataba la guerra por las Islas Malvinas, pero 40 años después cuenta su historia un grupo de mujeres que, en la plenitud de su vida, dieron lo mejor que tenían. Esto era para lo que se estaban preparando: asistir a los heridos del conflicto. El terreno estaba abonado porque la guerra lo pone a uno en la vida y la muerte, el dolor, el compañerismo, la empatía y la vocación.

Es algo muy difícil de describir. Un puñado de mujeres argentinas sienten hoy la necesidad de que su historia sea conocida por todas y todos. Fueron olvidadas, pero ellas se reconocen y dicen: "la guerra incluye sus heridos". Ellos mismos las reconocieron y las tienen en su memoria con la mayor de las gratitudes, pero nadie más se enteró de que un grupo de valientes mujeres del Ejército Argentino trabajó a la par de nuestros héroes. Ellas estuvieron ahí, curando sus heridas corporales y también las del alma. A ellas también les afectó la guerra, tenían la misma edad que los soldados y compartieron las mismas emociones.

El ser humano siente a través de lo que vive, aprende de cómo se ven afectados sus cuerpos y emociones en la interacción con otros. Como personas comprendemos, aprendemos y coproducimos los sentires y saberes a través del lenguaje corporal, las emociones que se cruzan en una conversación o las experiencias que leemos.

En este aspecto, plasmar las historias de vida en un papel no solo es cuestión de memoria histórica, que implica recordar los sucesos, sino también de resaltar las personas, las imágenes –tanto dolorosas como alegres–, los contextos y escenarios, las emociones y afectos vividos durante el hecho expresado.

Traer nuevamente a la memoria los sentimientos nos deconstruye en nuestra propia historia. Las emociones vividas en el ayer quizás ya no nos afecten de la misma forma, pero tenemos otros pensamientos, otras reflexiones, todo devenido del proceso histórico que hemos transitado.

Se trata de revivir las historias por las que una vez peregrinamos, recordar los sitios por los que pasamos, allí donde contemplamos el horizonte. Recordar las personas con las que interactuamos, muchas de ellas ya dueñas de otro mundo, reconocer que una parte suya sigue viva en nosotros...

Esta historia nos permite repensarnos en una sociedad cambiante. Nos lleva a reflexionar sobre nuestra propia vida, en cuanto a un contexto específico, que hace de nuestra casa, nuestra identidad. A través del proceso

de reflexividad de estos relatos, los cuales conforman la identidad de la enfermería militar, damos cuenta de la trascendencia que esta profesión ha tenido en la resolución de problemas de salud en tiempos de guerra, emergencias, transiciones y épocas.

Es por eso que, a partir las hojas que conforman esta publicación, dejamos en tinta y papel lo que hemos vivido durante la guerra del Atlántico Sur, demostrándonos a nosotras mismas que un cambio de paradigma nunca nos hace daño.

Al pasar estas páginas encontrarás las historias relatadas desde la corporalidad y sentir de sus propias autoras, cómo se vieron afectadas, cómo lo transitaron y cómo se reconstruyeron después. Podrás mirar tu vida a través de sus narrativas, te imaginarás dentro de ellas y querrás estar en dichas historias para darle el giro emocional, actitudinal y racional que a tu parecer debió ser.

Te invito a que inicies esta aventura: la historia de jóvenes estudiantes de Enfermería del Ejército Argentino en tiempos de guerra.

Diagnóstico de situación

Somos 43 aspirantes a Cabo Auxiliar de Enfermería, incorporadas el 15 de abril 1982 al Ejército, en la Escuela del Cuerpo Auxiliar Femenino (ECAF) –primer instituto militar exclusivo para mujeres dependiente del Comando de Institutos Militares y portando estado militar según la ley 19.101, art. 5–. Fuimos designadas a realizar la práctica hospitalaria al Hospital Militar Campo de Mayo en el desarrollo de la materia Fundamentos de Enfermería. Debido a la gran cantidad de heridos evacuados desde Comodoro Rivadavia y Bahía Blanca, se ordenó desde la superioridad nuestra presencia para reforzar la atención de Suboficiales y soldados.

Datos obtenidos del libro histórico de la ECAF

Total de heridos evacuados al Hospital Militar Campo de Mayo: 700.

El 85% eran pacientes de traumatología, distribuidos en los siguientes servicios (salas) del hospital:

- traumatología: 150 camas
- kinesiología: 60 camas
- epidemiología: 40 camas
- cirugía: 40 camas

Fechas de Evacuaciones:

- 09 mayo 1982
- 28 de mayo 1982
- 20 de junio 1982
- 23 de junio 1982 (mayor % de heridos)

- 29 de junio 1982

Patologías Frecuentes:

- fracturas expuestas en miembro superior e inferior producidas por proyectil y esquirlas
- trastorno vascular agudo o pie de trinchera (10 heridos llegaron a la amputación parcial)
- heridos por esquirlas y proyectil en partes blandas
- lesión de nervio ciático, radial, cubital, etc.
- amputaciones por explosión de minas y heridas de bombas: 10
- quemaduras en manos y cara

Actividades realizadas por las aspirantes de la ECAF:

- curaciones de heridas no comunes en la práctica usual
- patologías conocidas sólo a través de la bibliografía (pie de trinchera), además del encuentro humano con pacientes que han enfrentado una situación bélica
- actividades de higiene y confort
- administración de medicamentos
- cambio de ropa de cama
- traslado de pacientes a cirugía
- control de ropa limpia y sucia
- registros en la historia clínica de cada paciente

Debido a la cantidad de heridos recibidos se solicitó el refuerzo, por parte del hospital, para concurrir en el turno noche, por lo que cuatro aspirantes realizamos rotación de 22:00 a 06:00, acompañadas por una docente civil perteneciente al Departamento de Estudios de la ECAF.

Testimonios de enfermeras de Malvinas

Historias de jóvenes estudiantes de Enfermería del Ejército Argentino en tiempo de guerra

Claudia Marcela Höttel

Recuerdo que estaba cursando el tercer año de bachiller cuando un familiar, que era militar, llegó con la noticia de que se crearía una escuela de enfermeras militares en la provincia de Buenos Aires. En ese momento vivía en Capital Federal y la idea me pareció muy interesante. No tuve dudas, con apenas 16 años me inscribí a dicha carrera.

Luego de cumplir con exámenes psicofísicos y entrevistas personales, fui convocada para formar parte del grupo de aspirantes de la Escuela del Cuerpo Auxiliar Femenino.

En mi primer día en Campo de Mayo me pareció increíble estar ahí, sentía mucha alegría, ilusión y expectativa por lo que podría llegar a suceder, pero también sentí temor de enfrentarme a semejante desafío.

En esos días se inició un conflicto bélico entre Argentina y el Reino Unido por la soberanía de las Islas Malvinas. Mi novio de ese momento era soldado clase 63 y había sido enviado a Puerto Argentino, por lo que pensé lo peor. No obstante, tuve más ánimo y fortaleza de ser enfermera. Si sucedía algún inconveniente, estaría preparada para poder ayudarlo.

Seguí el contacto con él mediante cartas. Mientras tanto, en la escuela, comenzábamos con la formación académica y militar. Al mes de cursar las clases de enfermería llegaron los soldados heridos de Malvinas a nuestro continente.

Las aspirantes fuimos al Hospital Militar de Campo de Mayo. Fue muy duro para todas, y en lo personal me invadió mucha tristeza y angustia, porque mis primeros pacientes eran tan jóvenes como yo. Fue verlos con sus heridas (que, por cierto, eran heridas muy graves, que les causaban mucho dolor y sufrimiento), además de padecer una fuerte depresión al haber sido partícipes de una guerra tan injusta y tan innecesaria.

Fueron pasando los días, los meses y, más allá del desánimo, seguimos concurrendo diariamente al hospital, colaborando, ayudando y trabajando arduamente para sanar a nuestros héroes de Malvinas.

Gracias a Dios, cuando finaliza el conflicto, mi novio regresa a Buenos Aires sano y salvo. La relación no prosperó, pero hoy puedo decir que conservamos una hermosa amistad.

Por otra parte, en la escuela tuve momentos gratos e inolvidables, como cuando pude tomar mi primera comunión y mi madrina de confirmación fue una compañera de curso. También recuerdo cuando hacíamos orden cerrado, en nuestras prácticas siempre venía una banda instrumental militar para enseñarnos a desfilar y cantar al compás de las marchas militares argentinas. Creo que ese era el momento más agradable, nos divertíamos mucho.

Finalmente llegó el día: el 4 de diciembre de 1982, de las 43 aspirantes, solo 33 nos recibimos con el grado de Cabo Auxiliar de Enfermería. Particularmente, me hubiera gustado que egresaran todas, porque era un

grupo de chicas extraordinarias, muy buenas camaradas. Luego del egreso fuimos destinadas, dentro del país, a diferentes hospitales y otras dependencias del Ejército para así ejercer como enfermeras militares.

Gracias por el interés en conocer mi historia como enfermera de los Héroes de Malvinas.

Eldina Graciela Rufanacht

Comienzo a contar algo de mi vida en el Ejército a partir del 15 de abril de 1982.

Nací en Reconquista, Santa Fe. Mi entrada al Ejército surgió en octubre de 1981, a partir de una publicación en el diario sobre la apertura de la primera promoción de enfermeras en la ECAF. A pesar de la incertidumbre, decidí anotarme y logré ingresar. El instituto estaba en óptimas condiciones, ya que se inauguraba con nuestra promoción, y aún recuerdo la emoción que sentí al recibir el impecable delantal blanco que significaba el nacimiento de lo que soy hoy en día.

La rutina traía constantes vivencias nuevas. El día a día se basaba en aprender tanto la parte teórica de la enfermería como también la parte militar. Durante los fines de semana, a pesar de que teníamos franco, las chicas que éramos del interior decidíamos quedarnos a estudiar y ordenar nuestros placares y ropa. De estos fines de semana recuerdo principalmente pasarlos junto a Lidia Olmos, mi compañera de cuarto.

Como estábamos transitando la guerra de Malvinas, en el Hospital Militar Campo de Mayo tuvimos que poner rápidamente en práctica todo el conocimiento adquirido hasta ese momento. Nos encontramos con pacientes casi de nuestra edad, que eran los heridos evacuados de la guerra. Quedamos desconcertadas.

Comenzamos a ver una dura realidad, que hasta ese momento solo habíamos conocido en libros. Nuestros pacientes estaban más que nada con amputación de miembros inferiores, pie de trinchera y heridas producidas por las esquirlas. Una situación que me marcó para siempre fue cuando los médicos empezaron hacer las curaciones y veía el dolor de nuestros héroes. Recuerdo haberme retirado por un momento del grupo, me coloqué detrás de una puerta para secar las lágrimas de impotencia y dolor que me generaba ver a los jóvenes soldados sufrir de esa manera. Justo en ese momento me vio un médico militar, quien me mandó nuevamente a la sala.

Esta realidad, para la que no estaba preparada, me hizo entender que mi vocación por la enfermería empezaba a crecer. Nuestra intervención profesional, que teníamos como aspirantes, era realizar los cuidados fundamentales de enfermería.

Siempre sentimos el agradecimiento de los soldados hacia nosotras. Soldados que estaban lejos de sus hogares, con un gran dolor físico y sentimental. No teníamos en mente hacer otra cosa que entregar lo mejor en la parte profesional y humana que nosotras teníamos para dar.

Luego del conflicto de Malvinas seguí mi carrera militar, realizando prácticas siempre enfocadas en mejorar mis habilidades profesionales para atender de la mejor manera a los heridos de conflictos bélicos. Esto fue posible gracias a mi familia, que continuamente me apoyó y me dio fuerzas en los momentos más difíciles de transitar.

El 4 de diciembre de 1982 fue la fecha de nuestro egreso. Recuerdo mirarnos con orgullo por haber alcanzado el objetivo que nos habíamos propuesto. Ver ese grupo de jóvenes mujeres uniformadas selló lo que en adelante fue nuestra gran vocación como enfermeras militares.

Hoy, después de 40 años, recordamos a nuestros héroes y lo vivido en ese momento, el haber entregado nuestro corazón cuando estábamos con ellos, y con gran orgullo le contamos a nuestros hijos que fuimos pioneras y que formamos una parte de la historia argentina.

¡¡Viva la patria!!

Graciela Escudero

Nací en Buenos Aires. Mi familia era de bajos recursos económicos, pero me brindó amor, contención y me transmitió valores, lo que fortaleció mi poder de adaptación y espíritu solidario.

En Esteban Echeverría ya aspiraba a ingresar a las Fuerzas Armadas. Cuando se creó la Escuela del Cuerpo Auxiliar Femenino (ECAAF) me inscribí y fui seleccionada. El día del ingreso me acompañaron mi familia y mi amiga de la niñez, que aún conservo.

Mi compañía de aspirantes estaba conformada por habitaciones de derecha a izquierda, separadas por un pasillo. Recuerdo que autorizaron, luego del primer período, las salidas de franco una vez terminadas las actividades diarias. Las que vivían en las cercanías se retiraban, pero a mi familia generalmente la visitaba los fines de semana, porque la distancia hasta mi domicilio me demandaba dos horas de viaje. En ocasiones, mis compañeras de habitación, Liliana y Sandra, me invitaban a sus casas para compartir sus familias y no extrañar tanto la mía.

Se crearon lazos afectivos que perduraron a través de la distancia y los años. Imposible olvidar cada regreso de franco, rezando que el transporte público detuviera su marcha y pudiera abordarlo; que luego, en camino, no se averíe, y llegar a horario a la escuela para no ser sancionada. Al llegar con poco tiempo, mis compañeras me esperaban y, en un torbellino de solidaridad, me ayudaban a vestirme con el uniforme de combate y dejar la habitación en orden.

Con veintiún años de edad, sin antecedentes familiares en el ámbito de la Sanidad, esta fue una experiencia nueva: yo era la única responsable de mi destino. Recuerdo haber concurrido en turno noche al Hospital Militar Campo de Mayo (HMCM), para colaborar en el cuidado de compañeras internadas.

Aquel 5 de julio de 1982 comenzamos las prácticas hospitalarias en el HMCM. Algunas aspirantes rotábamos en grupos de cuatro, en los turnos de la noche. Haber colaborado en la atención de los heridos de la Guerra de Malvinas es indescriptible. Establecer vínculos desde lo humano, con pacientes que regresaban de un enfrentamiento bélico desgarrador, solo Dios sabe cómo marcó mi vida para siempre. En ese momento no dimensioné que mis escasos conocimientos técnicos y nuestra presencia tuvieran tanto valor para aquellos héroes. Se mezclaba el dolor con la esperanza.

En el año 1988 fui seleccionada para integrar la dotación del buque Bahía Paraíso, en la Campaña Antártica 1988/1989, tres años después de que hubiera contraído matrimonio. Embarcamos, por primera vez, dos Suboficiales femeninas del Ejército Argentino, en comisión en el buque de la Armada. Jamás imaginé tener ese privilegio. Hubo una perfecta integración con el personal, todos muy profesionales. La dotación del buque, en su mayoría personal masculino, mantuvo siempre un trato correcto. Enfermería

estaba conformada por cuatro enfermeras y tres enfermeros.

El 28 de enero de 1989, mientras cumplía su Campaña Antártica, nuestro buque encalló en las cercanías de la Base Palmer. Me encontraba de guardia en la Enfermería cuando, aproximadamente a las 14 hs, mi encargado me ordenó de un grito que me alistara de combate, colocase el chaleco salvavidas y saliera a cubierta. Obedecí, en mis bolsillos atiné a guardar un par de medias y un dibujo que mi hermanita me había entregado antes de partir. Fue lo que sentí. Ya en cubierta comenzamos a descender por la escala con peldaños de madera hasta las balsas salvavidas. Fuimos rescatados y no hubo que lamentar víctimas. Volví a mi destino, pero otros se quedaron trabajando en el lugar, tratando de evitar daños ecológicos.

Fue triste ver al buque hundirse, luego de haber servido a la patria, curando a nuestros heridos durante la Guerra de Malvinas, regresando a nuestros sobrevivientes y a nuestros fallecidos. Sentí tristeza de saber que quedaría para siempre sumergido en las frías aguas Antárticas.

Transito mi vida con la convicción de hacer lo correcto, muchas veces con errores de los cuales aprendo. El Ejército Argentino me dio la posibilidad de ejercer mi profesión en distintas áreas de un hospital militar, así como brindar apoyo a la comunidad y sentir el agradecimiento de la gente por nuestra colaboración. También la oportunidad de desempeñarme en un buque, atendiendo a su tripulación y a turistas. Esta comisión me permitió conocer el trabajo que realizan las distintas bases científicas en la Antártida.

En el año 2019 se realizó una ceremonia en el Hospital Militar Central, a la cual concurrimos con compañeras de promoción. En ese acto recuperó su casco, después de 37 años, un Suboficial Principal Enfermero y Veterano de Guerra de Malvinas. Terminada la ceremonia, nos reencontramos con él, su familia y también con otro Veterano de Guerra. Fue emotivo que esas personas recordaran con gratitud la atención brindada por nosotras mientras se recuperaban de sus lesiones en la sala de traumatología. Hubo abrazos y llantos.

Participé en la Misión de Paz en Haití. Trabajé en el Hospital Reubicable de la Fuerza Aérea Argentina, asistiendo esencialmente al personal de la ONU, proveniente de diversos contingentes y culturas. Fue una experiencia enriquecedora. Realicé traslados de pacientes en avión sanitario y en helicóptero, prácticas de Visión Nocturna.

Es difícil plasmar mis treinta y cinco años de carrera en una hoja, pero podría asegurar que mi condición de mujer no fue impedimento para mis logros, no fue mi caso. Mi creencia es: "no necesito competir con el otro, no debo perder mi esencia, a pesar de las adversidades. Yo soy, o no, por mi esfuerzo". Miro hacia atrás y pasó lo bueno y lo malo. Destaco el reconocimiento de los pacientes, compañeros que hoy forman parte de mi gran familia.

Gracias de corazón.

Graciela Noemí Lo Russo

En agosto del año 1981, con 16 años, me enteré de que el Ejército Argentino por primera vez incorporaría mujeres a sus filas para formarlas como enfermeras. Con una ilusión sin precedentes me anoté y luego aprobé la admisión. Con ansias esperaba el momento de ingresar.

En febrero del año 1982 llegó una carta con todo lo que necesitábamos para incorporarnos. Con alegría me notificaron que había ingresado al Ejército Argentino. Fecha de incorporación: 15 de abril del mismo año.

Como yo vivía cerca de Campo de Mayo no me quedaba internada en la escuela, sino que iba y volvía todos los días. La formación como militar y enfermera fue muy buena, tuve superiores que nos aconsejaban y obtuve buen trato. Nos enseñaban la admisión del paciente, colocación inyecciones, y cómo tomar signos vitales, mientras nos formaban como militares.

Pero algo inesperado pasó el 2 de abril de 1982, cuando nos enteramos de que Argentina recuperaba las Islas Malvinas. Con orgullo en mi pecho pensé: "Llegó el día". Comenzamos las prácticas de enfermería, íbamos todos los días de 8 a 12 hs. Colaborábamos con las enfermeras de piso, principalmente en el área de traumatología, y nos ocupábamos de cambios de camas, tomar signos vitales, suministrar la medicación y asistir a los médicos en las curaciones. A mí me interesaba mucho aprender e ingresaba en las habitaciones cuando los médicos hacían sus recorridos. Tuve la fortuna de ver cómo curaban por primera vez a muchos soldados.

En una de esas curaciones se encontraba el Sargento Vallejos del R. I. 3 Infantería y el Soldado Vallejos R. I. 12. No eran parientes, sino que era casualidad. Ambos habían perdido un miembro inferior, pero al soldado debimos realizarle injertos de piel extraídos de su propia espalda para reconstruir la otra pierna. Y los propios médicos –recuerdo al Mayor Bianco y el Capitán Barbeira– no sabían cómo reaccionaría su organismo, pero gracias a Dios todo fue un éxito, aunque el sufrimiento de ese soldado me quedó grabado en la mente.

En el piso de Traumatología me asignaron seis pacientes para atender, a quienes se les daba el alto a medida que iban. En el peor momento de la guerra cuarenta aspirantes hicimos guardia nocturna en el hospital. Preparábamos el material de enfermería que utilizarían al día siguiente, ya que en ese momento no había materiales descartables.

Recuerdo a muchos soldados que atendí, incluso tengo contacto actualmente con algunos de ellos. Por ejemplo: Marcos Irrazabal amputado de un brazo; Julio Ruggiero, amputado de una pierna; Renato Ruiz, amputado de una pierna; Alario, herido de bala en una pierna; Pato García, herido por esquirla; Alfonso Fernández, herido por esquirla; Ariel Tazcon, y muchos otros, que no recuerdo sus nombres.

También estuve en sala de yeso, que era un continuo movimiento de entrada y salida de pacientes. Recuerdo un día que nos hicieron una broma y

nos dijeron que debíamos sacarle el yeso a un paciente que había fallecido. Entraron la camilla tapada con una sábana y, cuando nos acercamos para sacarle el yeso, se destapó gritando un soldado. El susto que nos llevamos fue inmenso. Solo después nos dimos cuenta: ¿para qué sacarle el yeso a un fallecido?, ja, ja, ja. Fue una broma que recuerdo bien. Había momentos en que el humor nos salvaba del horror y lo agradecíamos. Después de todo, los veteranos de guerra tenían la misma edad que nosotras, jóvenes de 18 años en su mayoría, y nos trataban de igual manera.

Para mediados del mes de mayo, a las que salíamos los fines de semana nos dejaban visitar los soldados que no tenían familiares cerca para darles una palabra de aliento. Ayudábamos en lo que podíamos, especialmente mandando cartas o avisando por teléfono a sus familiares.

En el mes de octubre, luego de que terminó la guerra, nos dividieron en grupos para cumplir el servicio de dos semanas en el Hospital Militar de Campo de Mayo y las otras dos semanas en el Hospital Militar Central. En esas dos semanas de ausencia en el Hospital Militar de Campo de Mayo un soldado, Julio Ruggiero, que ya tenía el alta provisoria, le preguntó a una compañera mía, Liliana, si podía hablar conmigo.

Recuerdo que los miércoles salíamos a las 13 hs y teníamos la tarde libre. Le dije que sí, que el miércoles nos veríamos a la salida. Uno de esos francos me vino a buscar en auto y me llevó hasta mi casa, me invitó a bailar, cosa que hasta ese momento nunca había hecho sola, siendo que solo tenía 17 años.

Tuve que ingeniármelas para poder salir ese sábado. Fuimos a bailar a un lugar que se llamaba Cadalso. Era lejos de donde vivía, con tanta mala suerte que en un momento se prendió la luz del boliche y me encontré con muchas de mis camaradas. En unos días se enteró todo el mundo, ja, ja. Julio estuvo nueve meses internado, y le daban altas provisionarias. Recuerdo que en julio del mismo año se reunió la Sra. De Fortabat, en ese momento una empresaria argentina de prestigio, que ayudó mucho en la causa de Malvinas. Ella trajo al mismísimo Palito Ortega para que le cantara el "Feliz Cumpleaños" a Julio. Recuerdo que ese día fue de relajación para todo Traumatología, nos hizo bien.

Así fueron pasando los meses. La sala de Traumatología poco a poco fue quedando vacía. Íbamos rotando en otras salas, como Cirugía, Guardia, Clínica Médica y Neurología, donde estaba internado el Soldado Altieri, del Regimiento 7, herido de bala en el cráneo, a quien se le colocó una prótesis de titanio y quedó muy bien. Sigo teniendo contacto con todos ellos.

Terminaba 1982 y comenzábamos a hacer los finales de la carrera. Aprobé todas mis materias y el 4 de diciembre de ese año egresamos como Cabo en comisión y Auxiliar de Enfermería.

Comenzó el año 1983 otorgándome como destino el Hospital Militar de Campo de Mayo, donde estuve en Terapia Intensiva durante tres años. Yo estaba de novia con Julio Ruggiero y decidimos casarnos. El 5 de noviembre de 1983 lo hicimos. En 1984 quedé embarazada y a los seis meses y medio

lo perdí, entonces tomé la decisión de dejar la carrera para formar una familia.

En el presente tengo tres hijos: Fabián, Gabriel y Malvina. Mi hijo más grande Es Oficial Inspector de la Policía de la Provincia de Buenos Aires; mi segundo hijo es Capitán del Ejército, piloto de helicóptero; y mi hija Malvina es Sargento del Ejército, Enfermera profesional en un regimiento de montaña en Mendoza.

Hoy, a 40 años de la Guerra de Malvinas, llevo en mi corazón lo que vivimos, la experiencia en enfermería. A nivel personal, me casé con un Veterano de Malvinas, a quien contuve anímica y psicológicamente durante todos estos años para que pudiera sobrellevar el trauma provocado por la guerra. Dos de mis tres hijos son militares y todo gracias al Ejército Argentino.

Este es un recuento general de mi paso por el Ejército Argentino y por la Causa Malvinas. Nunca se contó nuestra historia y gran parte de la sociedad argentina desconoce que existió la Primera Promoción de Mujeres Suboficiales en el Ejército durante la Gesta de Malvinas.

Tuve el privilegio y la experiencia profesional de haber atendido a cientos de suboficiales y soldados que pasaron por el Hospital Militar de Campo de Mayo.

Gracias por interesarse en conocer nuestra historia.

Lidia del Carmen Olmos

Allá por octubre del año 1981, en la provincia de Córdoba, tanto en la televisión como en los diarios pedían postulantes femeninos para el Ejército Argentino, en la carrera de Suboficiales como Cabo Auxiliar de Enfermería (ECAF). Así fue que presenté en el Comando del III Cuerpo todos los requisitos que pedían para la inscripción.

En diciembre de 1981 me llegó un telegrama que me comunicaba que había sido seleccionada y tenía que presentarme en el Hospital Campo de Mayo con el fin de rendir el examen de ingreso. Me presenté, a mis 20 años, acompañada por mi madre. Recuerdo que éramos muchas postulantes, estuvimos todo el día allí. Luego informaron que comunicarían si aprobábamos.

El día 25 de marzo de 1982 me llegó una carta, que hasta el día de hoy la tengo guardada, con en el objeto: "COMUNICAR APROBACIÓN DEL CONCURSO DE ADMISIÓN Y OPORTUNIDAD DE INGRESO A LA ECAF". Debería presentarme el siguiente 15 de abril para hacer la incorporación a la escuela.

Ese día se hizo un acto de inauguración con el Teniente General Galtieri, y los familiares de cada ingresante. Éramos muchas del interior y vivíamos en la escuela, con todas las comodidades, era como ser becadas. Ingresamos unas 50 aspirantes y desde el primer día teníamos todo.

A los pocos días empezamos con la parte académica. La primera materia fue "Fundamentos de Enfermería", luego todas las demás materias de enfermería, aparte la práctica militar.

El día para nosotras comenzaba a las 06:30 hs. Desayunábamos y a las 07:30 hs ingresábamos al aula, hasta las 12:00 hs. A las 12:30 hs almorzábamos y de 14:00 a 16:30 hs teníamos Gimnasia, Instrucción Militar, Natación, Defensa Personal, Tiro y Práctica de Desfile; todo esto de lunes a viernes hasta las 17:30hs. La que vivía cerca se iba y la que quería podía quedarse el establecimiento.

Mientras tanto sucedía la Guerra de Malvinas. Un día de mediados de mayo de 1982 nos reunieron y nos dijeron que al día siguiente teníamos que ir al Hospital Campo de Mayo para asistir a los heridos, que venían de las Islas, con heridas de proyectiles, esquirlas, fracturas, pie de trinchera y lo peor que se podía ver de una guerra: el Trastorno de Estrés Postraumático.

Ese día se abrió una enorme puerta en el Hospital y entramos todas las aspirantes con las profesoras. Nos dividían por sector y por grupos de 2 cada 6 pacientes. A mí me tocó cirugía con heridos de proyectil, esquirlas, muñones de brazos o piernas y quemados.

Era impresionante ver camas ocupadas con los heridos por todos lados. Nosotras nos encargábamos de los controles, curaciones, medicación e higiene personal. Fuimos el sostén y psicólogas para muchos. Al hacer curaciones escuchábamos gritos desgarradores de muchos, que a la vez nos

afectaban a nosotras.

Éramos todos de las mismas edades, entre 18 y 20 años. Algunas compañeras iban al turno noche para ayudar a preparar material, porque todas las manos eran pocas. Lo más triste era cuando íbamos al otro día y había camas en las que ya faltaba alguno de nuestros pacientes.

Terminó la guerra en junio, pero seguían llegando heridos, fue todo devastador. En julio vinieron las vacaciones de invierno para nosotras y en agosto volvimos a nuestros estudios, las que quedábamos, porque cada vez éramos menos. Algunas abandonaban y a otras no les iba bien en lo teórico o lo práctico y les daban la baja.

Egresamos un total de 23 aspirantes el día 4 de diciembre de 1982 como Cabo de Comisión Auxiliar de Enfermería. Fuimos destinadas a distintos lugares, y a mí me tocó Compañía de Arsenal 5, Hospital Militar de Tucumán, donde estuve como encargada de quirófano y sala de parto. Después fui al Hospital General 601 HMC, como auxiliar II piso, y luego al Hospital Evacuación 141 Militar de Córdoba, como auxiliar de sala VII. Finalmente pedí la baja y seguí con la profesión por la parte civil en varias clínicas privadas.

Esta es mi experiencia de participación en lo que, tristemente, fue la Guerra de Malvinas.

Liliana Beatriz Insaurralde

En la historia de mi vida varios capítulos ocupan mi corazón. Hoy elegí uno en especial para plasmar.

Soy Insaurralde, Liliana Beatriz, y de algo estoy segura: de allí no salí siendo la misma. El Ejército Argentino y la Escuela del Cuerpo Auxiliar Femenino forjaron mi ser y templaron mi carácter. Por ese entonces solo tenía 17 años y muchos sueños para concretar.

Agradezco a quienes estuvieron ahí acompañándome de cerca, apoyando cada etapa para que no baje la guardia. Gracias por sus sacrificios, sus desvelos, su tiempo y sus experiencias, a mis padres, mi hermana y mis amigos, sin dudas mil gracias a mis superiores, grandes maestros que día a día volcaron todos sus conocimientos.

Asentir a la vida es más que aceptar, tomé cada situación que se me presentó para crecer, evolucionar, aprender; decidí que esa vida estaba bien, era la que quería para mí.

Corría noviembre de 1981, sábado, entró mi padre a casa y me dijo: "Hija, el diario tiene una nota que te va a gustar...". De inmediato agarré el diario, rápidamente la encontré y mi interés fue instantáneo, desde ese momento inició todo, por primera vez el Ejército incorporaba mujeres.

Comenzó el despliegue: comando en jefe del ejército Hospital Militar Central (HMC), me presenté a la jefatura y cumplí con todo lo requerido, revisión médica, aptos psicofísicos, entrevistas, charlas, exámenes de matemática, lengua, cultura general...

Ansiedad y nervios, muchas mujeres detrás de lo mismo, ¿quién llegaría? Siempre me tuve fe, pero esos meses fueron de mucha expectativa, hasta que por fin llegó la gran noticia. El cartero me entregó el sobre con la confirmación de mi aceptación a la escuela. La alegría me invadió el cuerpo y ese mismo día comencé a preparar todo. Sentí inquietud e incertidumbre, por todo lo nuevo que vendría.

Y llegó el día 15 de abril de 1982, presentaciones en la escuela y comienzo de una nueva vida, con un emocionante recibimiento en la plaza de armas. Ya estaba ahí, era lo que anhelaba, ahora debía dar lo mejor de mí.

Todo era nuevo, las grandes compañías, pabellones por doquier, el inmenso comedor. Las tareas no paraban: entrega de uniformes de aulas, gimnasia, combate. Muy temprano el orden interno, desayuno y al pabellón de estudio, por la tarde instrucción militar.

En el Ejército aprendí a ser constante con las cosas cotidianas, a pedir permiso, a dar las gracias, a presentarme, a no tener vergüenza, a respetar y hacerme respetar, descubrí valores nuevos y reforcé otros que mis padres me habían enseñado. Con mucha voluntad hacía todo lo que me pedían, los días transcurrían casi sin darme cuenta.

Ese fue el año que el país entraría en conflicto con los ingleses. Había una mecha encendida desde hacía casi un siglo, y la junta militar que

gobernaba Argentina anunció que tendríamos que recuperar la soberanía sobre las Islas Malvinas. Hubo miedo y falta de información, nos llenó de desconfianza. El país estaba eufórico: de todos los puntos cardinales del país se alistaban nuestros soldados, valientes jóvenes dispuestos a dar su vida por la patria. Pronto llegaría la orden de que debíamos ir a reforzar las guardias nocturnas del Hospital Militar de Campo de Mayo, ya que los heridos eran demasiados, no cesaban de llegar y el personal no alcanzaba.

Fue la madrugada del 6 de julio de 1982 cuando cumplí 18 años. Estaba ahí, taciturna, triste por tanto dolor. Hacía todo lo que podía, pero nada era suficiente, el dolor de esos valientes no cesaba, el dolor físico se mezclaba con la crisis emocional que tenían, nada los calmaba. Pero, a la vez todo servía: una palabra, una sonrisa, ayudarlos a estar un poco mejor... Esa era nuestra misión y no parábamos en toda la noche. El trabajo era arduo: control de signos vitales, higiene y confort, curaciones, traslado de pacientes al quirófano, a radiología, a realizar diferentes estudios, preparación de material estéril y muchas otras cosas. Todo eso más la angustiada carga, la impotencia por no poder hacer más. El conflicto duró poco más de dos meses, en los que día tras día aportamos con nuestra labor, nuestros deberes continuaban y siempre algo nuevo se sumaba.

Exámenes escritos, exigencias físicas, entrenamiento, prácticas de desfile, todo eso y más, paralelamente a todo lo que dejó la guerra. Seguíamos con las prácticas hospitalarias, poco a poco nuestros héroes mejoraban sus patologías, que eran de larga recuperación. La guerra culminó, nos vencieron, esas malas noticias se sumaron a la pesada mochila que ya cargaba, pero todo debía continuar. A pesar de todas las obligaciones que tenía, no podía sacar de mi cabeza los llantos de dolor, miedo y desesperanza de esos soldados. Los meses posteriores ayudaron a que pudiera despejar mi mente y seguir con mi preparación, prácticamente sin darme cuenta.

Faltaba muy poco para terminar y poder recibirme. Me costó mucho, pero nunca renegué del sacrificio, orgullosa de vestir el uniforme, de haber jurado lealtad a mi bandera. Llegó el gran día. ¡Sí! Alcancé los objetivos, obtuve el grado de cabo y formé parte de la primera promoción de mujeres suboficiales del Ejército Argentino (EA). Mi primer destino no podía ser mejor –y lo había pedido–: el Hospital Militar Central (HMC). Ahora sí, en ese lugar comenzaba mi carrera militar. A Dios le agradecí y encomendé mis acciones.

“En la vida hay tres cosas que hacen grandes a las personas: el Respeto, el Compromiso y los Valores...”.

¡VIVA LA PATRIA!

Liliana Noemí del Valle Gómez

Viajo en mis recuerdos, transitando distintas emociones. Recuerdo a mi padre, con su grado de Sargento Ayudante de la Escuela de Ingenieros, entrando por la puerta con su portafolios en el que guardaba el diario, el cual traía la noticia que cambiaría mi destino para siempre: el ingreso a la Escuela del Cuerpo Auxiliar Femenina, el ECAF.

A mis 17 años me encontraba entusiasmada, entre la incertidumbre y la alegría, con tantas expectativas sobre mi futuro. Le dije a mi padre que iba a seguir sus pasos, quería ingresar al Ejército Argentino. Mi madre quedó asombrada con mi decisión, solo asintió, sin decir palabra, para luego ayudarme con los preparativos.

Mi papá me acompañó a buscar los formularios al Estado Mayor. Luego, rendí el psicofísico en el Hospital Militar Central, que estaba lleno de postulantes femeninas de todo el país. Realicé los trámites correspondientes. Era una incógnita quién quedaría, me mantuve con intriga, ansiosa, aguardando.

Me recuerdo mirando por la ventana esperando noticias. Le preguntaba al cartero, cada vez que lo veía, sobre la ansiada carta de admisión, con el sello del Estado Mayor.

Por fin ese día llegó, abrí el sobre temblando. Al leer, salté de alegría y entusiasmo. Sabía que tenía en las manos la carta que lo cambiaría todo, la cual decía el día, lugar y horario a presentarme. Había sido elegida para formar parte de las filas del Ejército. La historia llegaría a mi vida.

Abril de 1982, muy temprano, nos encontramos en la plaza de armas de la Escuela del Cuerpo Auxiliar Femenino, en Campo de Mayo. Cuántas mujeres, acompañadas por nuestra familia, con tantas ilusiones y expectativas, sin conocernos, pensando qué nos depararía el futuro, recibidas por el personal de la institución –director, oficiales y suboficiales–, en su primera experiencia con la formación del personal femenino en el Ejército.

Todo era una novedad. Nos preguntábamos cómo sería la vida ahí dentro, quiénes serían nuestras compañeras de habitación de cuatro integrantes, pura expectativa. Nos enseñaron instrucción militar y enfermería, nos inculcaron valores, camaradería y respeto. La guía era experta, con un nivel de excelencia admirable por parte de nuestros instructores y profesoras. Recuerdo a las encargadas del pabellón B, las Subtenientes Arce y Olivares, y nuestro encargado, el Suboficial Abaca. Aprendimos teoría y práctica de defensa personal, tiro, enfermería, orden cerrado...

Auxiliares de enfermería, ese era nuestro título, las primeras enfermeras militares del Ejército Argentino, promoción 1982. No imaginábamos lo que íbamos a vivir. A pocos meses de empezar en la Escuela, nos enteramos a través de la radio de que estábamos a punto de

iniciar una guerra. Sentimos miedo y con valentía lo enfrentamos. Sabíamos que no iba a ser fácil lo que vendría, una guerra. Empezamos a enterarnos del alistamiento de las tropas en los cuarteles, que partirían a las Islas Malvinas.

Junio de 1982, comenzaron nuestras primeras “prácticas hospitalarias”. Las instructoras nos informaron: “debido al conflicto bélico, la situación se puso muy compleja en el Hospital Campo de Mayo”. Eso significaba que las aspirantes que tenían residencias lejanas no podrían irse a sus domicilios y deberían permanecer allí, nos necesitaban en el hospital para colaborar con el personal de enfermería. Debíamos asistir, ya que el personal no daba abasto.

Las docentes nos dividieron en grupos, por turnos. No entendíamos la dimensión de lo que estaba pasando hasta que vimos llegar a los heridos al hospital.

Mi primera vez en el Hospital Campo de Mayo fue en el turno mañana, en la sala de traumatología. Fue algo tremendo, tenía mucho miedo, había tantos heridos... no puedo explicarlo, solo sé que había mucho por hacer. Hice lo mejor que pude, con todo lo aprendido y con el corazón. Recuerdo la sala, tenía más de trescientos pacientes heridos, jóvenes de 17 años en adelante, con patologías variadas, la gran mayoría con amputaciones de miembros superiores e inferiores, con heridas por esquirlas y necrosis por pie de trinchera.

Fue nuestra prueba de fuego, ahí sentimos de cerca el dolor, los gritos, la desesperación de los soldados, provenientes de todas las provincias. Nosotras les dábamos contención y tratábamos de sanar sus heridas, las de esos admirables soldados que se habían enfrentado a la muerte, y pedían por su familia, sin importar el grado o el rango. En el correo de Puerta 4 se retiraban y enviaban las cartas, que les ayudábamos a escribir, o se las leíamos, sin olvidar poner música de fondo.

Recuerdo la emanación de los olores del dolor: la putrefacción de las heridas, el desinfectante químico de las sábanas blancas. También los rosarios en las cabeceras de las camas, las manchas de sangre, los vendajes, las tonadas de chaqueños y correntinos, aturdidos y sordos, por las explosiones de las bombas.

Hubo una mañana especial, la llegada de la Sra. Amalia Lacroze de Fortabat y su comitiva al hospital. A cada soldado le preguntaba lo que necesitaba, poniéndose a disposición, brindando lo mejor de sí. Llenó la sala de los primeros televisores y de equipos de audio, aliviando su dolor con música y color. Abrimos nuestros corazones, aprendimos a ser mejores profesionales, contener como una madre, acompañar como hermanas, y a sanar heridas físicas y emocionales, orgullosas de ser enfermeras militares. Fue un golpe al corazón, que nos transformó en mujeres mucho más fuertes. Aprendimos a valorar la vida.

Marcela Alejandra Renzetti

Mi nombre es Marcela Alejandra Renzetti, hija de Agustín Camilo (pintor) y de Amelia Marta Irrazabal (ama de casa), y esta es mi historia.

El día 21 de noviembre de 1981 era mi cumpleaños número 17. Mi padre, como todos los días, me despertó con un mate, pero en ese momento también tenía el diario como un regalo, donde salía un artículo que informaba que, a partir del lunes, se encontraría abierta la inscripción para mujeres en el Ejército Argentino. Di un salto de alegría, fue el mejor regalo. Por supuesto, el día lunes estaba haciendo cola para anotarme y ahí comenzó mi larga historia en la vida militar.

Después de una serie de estudios y pruebas de comprobación fui seleccionada para ingresar. El día 15 de abril de 1982 ingresamos a la Escuela del Cuerpo Auxiliar Femenino, y ahí comenzó esta hermosa experiencia, donde vivimos momentos inolvidables y conocimos personas con las que hasta la fecha tenemos contacto.

Aprendimos muchas cosas. Yo era una de las más chicas, con tan solo 17 años y en un ambiente que, hasta ese momento, era solo de hombres. Entre las clases de enfermería y el orden cerrado iban pasando los días.

La situación era rara, porque estábamos en guerra y nosotras estudiábamos, hasta que un día nos asignaron al Hospital Militar Campo de Mayo. Debíamos acudir para atender a los heridos que llegaban de las Islas Malvinas. Para nosotras fue muy duro verlos porque, de no saber nada, nos encontramos ahí, apoyando y atendiendo a nuestros héroes.

Recuerdo muchos episodios, pero no los apellidos. Vimos patologías desde pie de trinchera, amputados y también algunos quemados. Sí recuerdo en especial a un paciente que le había explotado una granada en las manos y esto le ocasionó la amputación de ambas, además de quemaduras en el rostro, y nunca voy a olvidar los gritos de dolor cada vez que lo teníamos que curar.

La mayoría eran del interior y no tenían familiares cerca, así que, cuando nos permitían, íbamos a la tarde a hacerles compañía. Fueron días duros, pero fue un honor colaborar en algo con nuestros héroes. En particular, esa situación me ayudó a darme cuenta de que la enfermería era mi vocación, porque hasta ese momento no estaba segura.

No me voy a olvidar de la noche en la que estábamos cenando en el rancho y entró el oficial de servicio enojado, golpeando las mesas, casi llorando, y nos informó del hundimiento del Buque General Belgrano. Fue tal la angustia que nadie comió y la mayoría estaba llorando. Recuerdo que una de nuestras compañeras tenía al hermano en dicho Buque.

Pasaron las semanas y llegó el día del egreso como Cabo en comisión Auxiliar de Enfermería, un 4 de diciembre de 1982. Ese mismo día nos dieron los destinos. A mí me tocó el Hospital Militar Central, donde estuve destinada 35 años. Ahí conocí a mi esposo, tuve a mis dos hijos y nacieron mis dos

nietos. Me retiré como Suboficial Mayor en abril del 2017.

¡Estoy muy orgullosa de pertenecer a la primera promoción de mujeres del Ejército Argentino! ¡GLORIA Y HONOR A NUESTROS HÉROES DE MALVINAS!

María Graciela Díaz

Testimonio de una camarada discriminada

En estas líneas quisiera relatar uno de los momentos más importantes y relevantes de mi vida, como también lo fue el nacimiento de mi primera hija a los 19 años siendo soltera. Me refiero a haber sido aceptada como aspirante en la Escuela del Cuerpo Auxiliar Femenino (ECAAF) del Ejército Argentino, promoción 1982. Fue el año de su creación, donde se incorporaba a la mujer a sus filas, para ser auxiliar de enfermería con grado de suboficial militar.

Ingresé a la escuela un 15 de abril de 1982, previa inscripción, concurso de admisión, examen físico, psicológico y entrevista, con docentes de enfermería y personal militar. Ese día fue muy especial para mí, empezaba a transitar el camino hacia un gran sueño por cumplir. Estaba formada, en la plaza de armas, con quienes serían mis compañeras. Éramos más de 50 en ese inicio.

Luego del discurso de bienvenida, despedí a mis familiares y nos llevaron a la entrega de los uniformes, de ahí a la compañía donde sería nuestra residencia. Sentí muchos nervios, miedo de no poder lograrlo y también incertidumbre sobre cómo iba a ser todo. Estaba tranquila con respecto a mi niña de 3 años, porque estaba al cuidado de mi madre, y esta separación relativa (me quedaba a dormir en la escuela), aunque dolía también, era para tratar de darle un bienestar en su crianza de la mejor manera posible.

Iniciaron las clases, y verme con el uniforme era emocionante. Fueron meses de mucha dedicación académica y entrenamiento militar. Tenía muy buenas compañeras, con las que compartimos momentos inolvidables. Por las noches pensaba en mi niña y oraba a Dios, le pedía que me diera la fortaleza y conocimientos para poder lograr mi objetivo.

Todo era muy estricto, con cronograma de horario del estudio, de la comida para cada día de la semana y la preparación militar, la cual me costaba bastante por falta de preparación física, ya que había comenzado a trabajar a los 14 años como costurera, sentada todo el día con una máquina.

Pasaban los meses, mejoraba en mi rendimiento físico, tenía buenas notas y cada viernes, donde venía la banda de la Escuela Sargento Cabral, teníamos formación y desfilaba con el pecho en alto, parecía que mis borceguíes –bien lustrados– marchaban solos. Hasta el día de hoy, cuando escucho una marcha militar, me emociona hasta las lágrimas.

Luego comenzamos las prácticas de enfermería, una experiencia imborrable, porque nos tocó ir al Hospital Militar de Campo de Mayo, al servicio de traumatología, donde los pacientes eran los soldados combatientes de las Islas Malvinas. Las salas estaban completas, una cama al lado de la otra. Nunca olvidaré esos rostros, su situación física y

emocional: eran nuestros combatientes.

Al final de la cursada ya había completado el formulario con destinos deseados y tenía mi uniforme de cabo listo. Sin embargo, unos días antes del egreso, mi sueño se derrumbó. Fui llamada a la oficina del Jefe de Compañía, quien tranquilamente –expresión que nunca olvidaré– me dijo: “Aspirante Díaz, usted posee uno de los mejores promedios, pero lamentablemente no podrá recibir el grado militar por ser madre soltera”.

No sé de dónde saqué fuerzas, tenía un nudo en la garganta, pero le pregunté: “¿Por qué? Si cuando me inscribí los requisitos eran la edad, estudio primario completo y ser soltera”. Su respuesta fue contundente: “No se puede tener hijos”. Así que solo me darían el diploma de Auxiliar de Enfermería. Creí no poder sobreponerme, fui a mi habitación y lloré mucho. Salí de la escuela sin saber adónde ir, no quería volver a casa con tanto dolor.

Regresé tarde a mi casa, abracé llorando a mi madre y se lo dije, ya que éramos dos en la misma situación. Me tuve que hacer fuerte y seguir adelante, estar en pie, porque tenía por quien luchar en la vida: mi hija. Solo me quedaron las fotos de recuerdo, cuando las veo no puedo evitar mis lágrimas, y una herida en mi corazón por siempre.

Egresé en diciembre de 1982 como Auxiliar de Enfermería sin grado militar y en febrero de 1983 comencé a trabajar en un sanatorio privado. Allí aprendí a amar más mi vocación de enfermera al cuidado del paciente. Estuve ahí 10 años, hasta julio del 1993, cuando cerró sorpresivamente por quiebra.

Así fue como otra vez tuve que seguir luchando por la crianza de mis hijas, de 14 y 4 años. Volví a la costura por unos meses, pero mi vocación era más fuerte, y con la ayuda de Dios salí a buscar trabajo y lo encontré en la primera entrevista. Comencé a trabajar en la Clínica y Maternidad Suizo Argentina.

Tenía la suerte de vivir siempre con mi madre, y esto me permitió poder estudiar. Me recibí de bachiller y luego de enfermera profesional. Trabajé en la institución 25 años, hasta que me salió el beneficio jubilatorio en abril del 2019. En el transcurso de esos años mis hijas se casaron. Tengo seis nietos, que amo profundamente.

Parte de mi vida fue dura, más cuando arrebataron mis sueños, pero mi fe en Dios siempre me fortaleció y no me dejó caer. Luché por ser alguien y caminar con la frente en alto, como lo hice desde que fui madre a los 19 años. Aprendí a ser feliz con las pequeñas cosas y a vivir dignamente del trabajo y el esfuerzo.

Hace un tiempo me reencontré con mis compañeras aspirantes, algo que me llenó el alma. Nunca las olvidé, por todo lo vivido en la escuela. Así que acá estamos otra vez, juntas... La primera promoción 1982 del Ejército Argentino, recordando vivencias, ellas dentro del Ejército y yo fuera, por haber sido discriminada. Si bien esto dolió y quedó grabado en mi corazón, nunca hizo que me avergonzara de ser madre soltera y haber afrontado la vida con mi hija tomada de mi mano, acompañando a mis camaradas en estos 41

años del egreso mientras siento el amor profundo que nos unió.
Gracias por su atención, los saludo con todo respeto.

Noemí Julio de Jiménez

Hoy he decidido volcar en estas líneas parte de mi vida.

Desde niña soñaba con ser militar, cosa que pensé jamás ocurriría, ya que, para ese, entonces no existían mujeres en la Institución, hasta que, en el año 1982, tuve la dicha de que esta situación cambiara y pude incorporarme al Ejército Argentino.

Pasé mi infancia en el campo, junto con mi familia, donde viví hasta los 21 años. Un domingo cualquiera, como era de costumbre, visitábamos a mis abuelos en el pueblo, muy cerca de donde vivíamos, y ahí, entre otros compartir en familia, leíamos el diario. En ese momento, el destino me brindó una hermosa oportunidad de cumplir mi sueño.

En ese momento comenzó mi historia militar, leyendo en el diario local: "Llamado a la incorporación de mujeres al Ejército Argentino". A la semana redactamos y enviamos la carta a la, por ese entonces, "Escuela del Cuerpo Auxiliar Femenino". En 15 días la respuesta llegó y la recibí con una gran emoción y alegría. Me indicaron que debía ir allí a rendir el examen de ingreso.

Viajamos con mi padre. Me presenté en la Escuela, un 15 de abril del año 1982. Para ese entonces, nuestro país ya se encontraba en guerra con el Reino Unido por nuestras Islas Malvinas.

Cuando me despedí de mi familia, no querían que me fuera. Yo los consolaba diciéndoles que no me llevarían, aunque sentía en mi interior el deseo de ir al combate.

Ya incorporada y viendo que la guerra continuaba, con mis camaradas pedíamos participar, queriendo ayudar de cualquier forma a nuestro país. Recuerdo a nuestro Jefe de Compañía que nos decía: "¿A qué quieren ir? Ya tendrán, en corto plazo, el contacto con la guerra". Y así fue: en pocos días comenzaríamos las prácticas de enfermería en el Hospital Militar Campo de Mayo.

¿Quiénes serían nuestros primeros pacientes? Los soldados de Malvinas que, en su regreso al continente, eran evacuados al Hospital Militar Campo de Mayo. Esta sería su última escala antes de ser reinsertados en su vida civil.

Todavía tengo presente el momento de encuentro con ellos...

Cada una de nosotras tenía una cierta cantidad de pacientes que nos asignaban las profesoras, no solo para curar sus heridas, sino también para contenerlos en todo lo que pudiésemos.

Al recordar ese día de encuentro, me late el corazón muy fuerte. Chicos de nuestra edad, destruidos emocional y físicamente, imágenes que perdurarán en mi memoria por siempre.

No querían ver a nadie. Recuerdo que muchos se tapaban con las sábanas hasta la cabeza, deprimidos y sin saber cómo continuaría su vida en el estado que se encontraban. Durante la noche y cuando el sueño los vencía, en sus mentes comenzaba nuevamente la guerra.

El primer día fue tan impactante para nosotras que cuando regresamos a la Escuela sentíamos mucho dolor e impotencia. Tuve mucho tiempo en mi mente esos gritos de desesperación, del recuerdo de los momentos que habían vivido en combate: frases como “¡alerta roja!”, “¡ataca el enemigo!” o “¡no quiero morir!”, y hasta algunos incluso corrían por los pasillos desconcertados, dejando en evidencia los traumas que la guerra había causado en esos jóvenes.

Para finales del año 1982 nuestros estudios ya terminaban, y muchos de los combatientes continuaban internados en el hospital. En diciembre de ese mismo año fue nuestro egreso, y cada una fue a sus nuevos destinos. Quedé destinada en la Escuela Femenina, junto a tres de mis camaradas. Fue un orgullo para mi familia y para mí haber sido seleccionada entre mis camaradas como Subinstructora de las futuras cadetes y aspirantes.

Pasado el tiempo, fui perdiendo contacto con quienes habían sido mis pacientes, sin saber nunca más nada, hasta que, a mediados del año 2020, recibí a través de las redes sociales un mensaje de uno de ellos. Me invadió una inmensa emoción, ya que, luego de 39 años, me reencontraba por ese medio. Este ex soldado, quien actualmente está casado con hijos y reside en la provincia de Mendoza, me agradecía el gran apoyo brindado en su dolor y soledad en esos duros momentos vividos en el hospital.

En el año 1985 me casé con Luis Alfredo Jiménez, también Suboficial del Ejército Argentino. Tuvimos tres hijas; María Fernanda, María Romina y María Daniela, y fuimos destinados al Hospital Militar Comodoro Rivadavia.

Nunca imaginé ser destinada a un Hospital que tuvo activa participación en el conflicto de Malvinas. Allí se conserva la bandera histórica que fue llevada en la recuperación de las Islas, teniendo en su paño varias condecoraciones.

En el año 1990 nos postulamos junto con mi esposo para integrar Misiones de Paz en la ONU, y fuimos designados para integrar la Fuerza de Tarea Argentina 5 en la isla de Chipre. Esta integración hizo que fuésemos la primera familia del contingente argentino en integrar misiones de paz en la isla.

En junio del año 2020, encontrándonos en pandemia, el Ejército me convocó nuevamente para incorporarme con mi jerarquía militar como Artículo 62, para brindar apoyo al personal de salud del Hospital Militar.

Agradezco al Ejército argentino por los años vividos plenamente y las satisfacciones que la institución me brindó a lo largo de mi vida castrense, y por darnos a las mujeres la posibilidad de pertenecer a la misma.

A mis padres, hermanas y familiares, que siempre estuvieron acompañándome en este objetivo. A mi esposo e hijas, quienes me brindaron siempre su apoyo incondicional en los duros desafíos que me planteaba la vida militar.

Extiendo mi agradecimiento a todo el personal con el cual tuve el honor de compartir a lo largo de este camino; mi eterno y profundo reconocimiento.

Hoy, luego de 35 años de haber brindado mis servicios en la Fuerza,

me encuentro retirada de la actividad desde hace más de seis años.

Todavía perduran en mis sentimientos el recuerdo de mis actividades diarias.

Y perdurarán para siempre.

¡Honor y Gloria a mi querido Ejército Argentino! ¡Viva la Patria!

Silvia Patricia Bronzone

La vida es un camino de constantes batallas y, aunque no las venza todas, nunca voy a dejar de sonreír. Hoy, 40 años después, puedo contar mi historia en primera persona.

En Argentina, el 2 de abril de 1982 se había desatado el conflicto bélico del Atlántico Sur: la guerra por las Islas Malvinas. Estábamos cursando, junto a todas mis camaradas, las prácticas como enfermeras militares en el Hospital Militar Campo de Mayo.

El 15 de abril de ese año ingresamos a la Escuela del Cuerpo Profesional Femenino. Estuvimos realizando la teoría de Enfermería, a cargo de la instructora enfermera, y teníamos instrucción militar. ¡Sí! Yo, Silvia Patricia Bronzone, testigo y parte de la primera promoción de mujeres enfermeras del Ejército Argentino del año 1982.

Era joven: tenía 18 años cuando me enteré que el Ejército Argentino incorporaba mujeres. Mientras convencía a mi padre, investigué cómo debía inscribirme y, luego de mucha insistencia, fue él quien me acompañó a presentar los papeles. Al tiempo recibí una carta que decía donde debía presentarme para rendir un examen de ingreso. Éramos aproximadamente 1.500 aspirantes, de las cuales solo 50 quedamos seleccionadas.

Ingresamos un 15 de abril: teníamos clases teóricas de enfermería e instrucción militar; también prácticas de tiro, natación y el desfile militar.

En cada habitación estábamos divididas en grupos de a cuatro y debíamos mantener el orden, la limpieza y el armario ordenado milimétricamente. Todos los días pasaban revista de orden interno.

Éramos un hermoso grupo. Sabíamos que nos formarían con instrucción militar y de enfermería. Éramos muy responsables dependiendo de nuestras edades. No fue fácil, pero de a poco fuimos acostumbrándonos; había que cumplir órdenes y aceptar las reglas. Lo que siempre voy a recordar, una frase que nos decía un instructor: "Que no les sorprenda el disparo".

Ese año fue muy especial para nosotras porque mientras estábamos formándonos había comenzado la guerra de las Malvinas, y hasta nos había interesado la idea de ir y poder ayudar.

Llegó el día dónde nos llevarían a conocer el Hospital Militar Campo de Mayo: fue increíble, nos sorprendió muchísimo y, qué casualidad, que en nuestras primeras prácticas íbamos a asistir a los soldados que regresaban heridos de la guerra.

Es algo muy difícil de describir... Eran ellos: tu hijo, tu hermano, tu novio, tu esposo. Eran a los que, en sus casas, todos esperaban ansiosos. Nuestros héroes volviendo de la guerra. Yo, casi con la misma edad, con tan poca experiencia, pero con todo el valor, no salía de mi asombro. Fue fuerte, pero creo que en ese momento me di cuenta que no me había equivocado de vocación. Lo llevaba en el alma. Con toda mi calidez humana, pude brindar lo

que estuvo a mi alcance: lo hacía por amor a la profesión y a la Patria.

Escuchamos muchas historias: se despertaban asustados, escuchando todavía explosiones y bombas de estruendo, lloraban sin consuelo y sin poder explicar lo que les había pasado. Vieron a su alrededor muchos compañeros que habían perdido la vida, técnicamente padecían psicosis de guerra. Llegaron con heridas de esquirlas, amputaciones de miembros superiores e inferiores, pie de trinchera...

Nosotras asistíamos con todo lo que habíamos aprendido: signos vitales, curaciones, medicación, pero también brindábamos nuestra contención, porque necesitaban hablar, desahogarse, contar por lo que habían pasado. Algunos fueron prisioneros de los ingleses, aunque decían haber sido muy bien tratados. Una de las historias que recuerdo –y se me pone la piel de gallina– es que tenían hambre y mucho frío. Eran soldados con escaso entrenamiento y alimentación aún más escasa, sin abrigo ni calzado acorde al clima feroz.

Muchos de ellos habían perdido amigos, compañeros por cruzar campos minados para ir a buscar alimentos mientras eran resguardados en sus trincheras, y algunos no volvían porque eran atrapados por el enemigo. Ante tanta necesidad, tuvieron que arriesgar sus vidas.

¿Saben cuándo les entregaban las donaciones que todos los argentinos les enviaban? En el hospital, mientras se recuperaban de sus heridas. Llegaban por las mañanas cajas llenas de elementos de higiene, cigarrillos, chocolates, yerba, azúcar, máquinas para afeitar, grabadores, radios, pilas, guantes, bufandas, galletitas, etc. Se las entregaban en mano la empresaria Amalia Fortabat y el cantante Palito Ortega. Todas las mañanas venían y festejaban el cumpleaños de los soldados. Todo lo anterior eran donaciones que obviamente nunca llegaron a Malvinas.

Los soldados daban reportajes a los medios gráficos, pero no podían contar la verdadera historia, y a nosotras nos tenían prohibido hablar con gente de la prensa. Me enorgullece haber sido parte de ella, muy triste, pero con todo el respeto enorme que se merecen nuestros héroes y nuestros veteranos, combatientes de Malvinas.

Es inevitable emocionarme; nunca imaginé estar escribiendo mi historia y darle voz a la de tantos otros inocentes que hoy ya no están. Muchos de ellos se han quitado la vida, sin poder soportar semejante aberración, mientras que otros hoy todavía pelean por un justo reconocimiento.

En julio de 1982, tristemente, recibimos la noticia de que habíamos perdido la guerra. Al poco tiempo, cada una siguió las prácticas en diferentes hospitales y, cuando nos recibimos, tomamos rumbos diferentes, pudiendo elegir de acuerdo a la calificación el hospital para trabajar. Mi destino fue el Hospital Militar de Córdoba, junto a otras dos compañeras camaradas: una de ellas ya no está con nosotras.

Soy muy feliz porque desde muy joven pude elegir; trabajé de lo que amé y formé una familia. Hoy tengo lo mejor: mi familia y el inmenso orgullo

de pertenecer al grupo de las maravillosas y valientes de la primera Promoción de mujeres del Ejército Argentino, 1982.

Silvia Herrera

Soy la SM (R) Silvia Herrera. El 15 de abril del año 1982 ingresé a la Escuela del Cuerpo Auxiliar Femenino del Ejército (ECAAF), sito en la Guarnición Militar Campo de Mayo, provincia de Buenos Aires.

Con 18 años, llena de ilusiones y expectativas, en ese mismo momento inicié mi carrera militar, que transité por 39 años. Lo desconocido trae desafíos, ¡imagínense lo nuevo! Hasta ese momento, no existían Suboficiales Femeninas en el Ejército Argentino.

Un día mi madre me mostró una propaganda de un diario, donde incorporaban aspirantes y cadetes al Ejército. No dudé un instante en presentarme: luego de un largo y exigente examen de ingreso logré incorporarme. Recuerdo que, en la entrevista, me preguntaron por qué quería ser Militar Enfermera y yo contesté: "No vengo de una familia militar, pero mi padre es Policía y lo veo todos los días como con responsabilidad se pone su uniforme azul y sale todas las mañanas, con lluvia o calor, a dar lo mejor de sí para cumplir con su misión. Y con respecto a Enfermería, mi madre estuvo internada y me di cuenta de la importancia que tiene la profesión para la sociedad, entonces por eso quiero ser enfermera, para dar lo mejor de mí y cuidar a las personas que me necesiten".

La Escuela era exigente: teníamos instrucción militar, instrucción de tiro en el Polígono, educación física, natación, defensa personal, prácticas de desfile y Formación Académica para ser futuras Auxiliares de Enfermería.

Fue una experiencia enriquecedora; había jóvenes de todas partes del país con las mismas ilusiones que yo. Aprendí el significado de la camaradería militar, perdón, pero solo los que vivenciamos esa experiencia podemos sentirla. Un claro ejemplo es nuestra Promoción 82, que pasaron 41 años y seguimos unidas con el lazo de los recuerdos y vivencias compartidas, en especial con la experiencia de los combatientes heridos de Malvinas.

La guerra es cruel, destruye, no respeta al hijo, al esposo, al hermano, al amigo y a tantos que iniciaron su juventud, abrazados a un fusil con la firme convicción de que a la Patria se *la defiende*. Hay una edad en la que creemos ser invencibles, que nada nos puede detener; tenemos los ideales a flor de piel y creemos fielmente en ellos. Todos estos sentimientos se magnifican cuando algo depende de nosotros: nada más y nada menos que *recuperar lo que es nuestro*.

Estoy tratando de describir lo que vi en los rostros de los soldados que estaban siendo movilizados en camiones. Solo me separaba de ellos el extenso alambrado que dividía la Escuela de la ruta interna en Campo de Mayo... Sentí empatía por ellos; mi corazón latía más fuerte que nunca, ¡yo también quería ir a Malvinas! Pero no iba a ser fácil: los esperaba un terreno hostil, donde la turba hizo estragos en los pies de nuestros combatientes, la inclemencia del clima los castigaba diariamente, sus cuerpos vestían ropa

inadecuada, la escasez de alimentos, los ataques aéreos y terrestres ennegrecían sus días y aún más sus noches... Fueron 649 argentinos los que quedaron custodiando Malvinas. Ellos entregaron su vida en una dura batalla, y los que regresaron, de alguna manera, también dejaron parte de sí en Malvinas.

A principios de junio del año 1982, con conocimientos básicos de enfermería –porque estábamos aun formándonos–, debimos afrontar uno de los más grandes desafíos de la profesión: la atención de los heridos de Malvinas. El Hospital Militar de Campo de Mayo necesitaba toda la ayuda posible para su atención; debieron modificar áreas de internación, colocando una gran cantidad de camas.

Fui designada a la Sala de Internación de Traumatología, algo que me marcó toda mi vida. Ahí comenzó mi carrera como personal militar de Sanidad. Todo lo antes dicho son testimonios de los soldados; atendí a combatientes del Chaco y Corrientes; por primera vez vi un pie de trinchera, una patología nunca vista antes; las curaciones eran sumamente dolorosas; las amputaciones de miembro inferior es lo que más vi.

Fue difícil ver las secuelas de la guerra en sus cuerpos, pero más difícil fue ver las secuelas en sus mentes y almas. Aprendimos a tomar las manos en momentos de dolor, a ver más allá de las miradas ausentes; aprendimos a interpretar gestos de enojo e impotencia, pero, sobre todo, ellos nos enseñaron que la guerra no puede matar la esencia del hombre, esa fuerza inmensa que trasciende los límites de lo físico, el sentimiento de patriotismo, el amor a la tierra que nos brinda nuestra identidad como Nación y el orgullo de haber estado allí.

La vida es un constante aprendizaje que nos hace crecer como personas, con la convicción de que la mujer en el Ejército puede aportar desde su femineidad y que es un eslabón más de nuestra querida Institución, porque tenemos la capacidad, entereza y fuerza interior para desempeñar cargos y funciones.

Ocupé los siguientes cargos: encargada de Terapia Intensiva y Unidad Coronaria; encargada del curso de Perfeccionamiento de los Cabos cursantes, egresados de la Escuela Sargento Cabral; encargada del Departamento de Enfermería; Jefa de la División Mayordomía; integré la Comisión Directiva de la Delegación Buenos Aires del CIRSE y tuve el honor de ser designada como encargada de Elemento del emblemático Hospital General 601, Hospital Militar Central, cargo que desempeñé con responsabilidad y pasión. Hoy en día, integro la Comisión de Sanidad Militar “San Lucas Evangelista”.

En mi vida militar crecí profesionalmente: amé mi profesión y honré mi uniforme, que representa valores, ideales, integridad, dignidad, lealtad y entereza para afrontar los desafíos que se nos presentan. Miro hacia atrás y veo un largo camino recorrido de tantas horas, días, meses y años de entrega, sacrificio, estudio y camaradería.

Elegí este camino y abracé esta vocación, aunque no fue fácil, porque

lo que vale la pena nunca lo es. Mi familia fue el pilar fundamental para lograr transitar el camino de la vida militar.

Silvia Noemí Ose

Siempre me gustó la carrera militar, ya que mi padre estuvo como soldado en la Armada Argentina, pero tuvo que dejar por ser sostén de su madre viuda.

En 1978 mi hermano ingresó a la Armada, quien actualmente es Suboficial Mayor (RE) y V.G.M, Walter Eduardo OSE. El 15 de abril de 1982 me incorporé al Ejército Argentino. Ese momento fue muy difícil para mis padres porque mi hermano ya se encontraba en la guerra y yo ingresaba al Ejército. Ellos fueron desde Ranelagh, Partido de Berazategui, a despedirme en Campo de Mayo, Buenos Aires.

Mis camaradas y yo, ya incorporadas en la ECAF, comenzamos a ir al Hospital Militar Campo de Mayo. Cuando empezaron a llegar soldados desde Malvinas, nos dividieron por sectores para su atención, y así poder ayudar a las enfermeras.

Recuerdo una noche de tormenta que nos tocó ir: estaba pasando unos controles en unas planillas y, de repente, un soldado del fondo de la sala de internación vino gritando "¡Al suelo, nos atacan!", confundido por los ruidos de la tormenta. Fueron momentos difíciles en los que teníamos que calmar el susto de los soldados.

En diciembre de 1982 terminamos los estudios, egresamos y nos informaron nuestros destinos. Por mi parte me tocó el Hospital de Evacuación 181, ubicado en la ciudad de Bahía Blanca, Buenos Aires. Allí llegamos cuatro compañeras, que después, por distintos motivos, se retiraron, quedando solo una en el hospital.

Estuve destinada en el Pabellón de Oficiales. Al año siguiente pasé al Detall, del mismo pabellón como auxiliar. Luego de unos años, fui encargada de ese Detall, como así también del depósito de ropa y lavandería.

Fue una experiencia muy linda, aunque un poco dura, ya que éramos las primeras mujeres militares. Compartíamos casino, alojamiento y no nos aceptaban, decían que el Ejército era solo para hombres. Con el tiempo se fueron adaptando y llegamos a una muy buena camaradería.

El 13 de marzo de 1985 se solicitó la colaboración del Ejército en el siniestro del elevador N° 5 de la Junta Nacional de Granos, en el Puerto de Bahía Blanca, en el que tuvimos que trasladar los heridos por el fuego y personas fallecidas.

Días después, en el hospital se realizó una formación para felicitar al soldado chofer de la ambulancia y a mí por mi labor de enfermera.

En 1986 me casé con Víctor Ricardo López, también Suboficial del Ejército, que había sido destinado al Comando V Cuerpo de Ejército de Bahía Blanca. Tenemos una hija: Rocío Ayelen, que nació en 1990, que también siguió su carrera militar en la Armada Argentina, la cual se encuentra destinada en la Base Naval Puerto Belgrano. Ese mismo año pasé al Pabellón de Soldados, cumpliendo las mismas funciones que en el pabellón de

oficiales.

En 1987 el hospital fue designado para ir a Buenos Aires, al alzamiento de los Carapintadas, pero se canceló la salida. También estuve a cargo de las evacuaciones de pacientes hacia el Hospital Militar Central, como también al Hospital Naval Puerto Belgrano.

El ejército participó en el incendio del Parque Provincial de Sierra de la Ventana, en el que también estuve presente. En 1991, por cuestiones personales, me retiré del Ejército Argentino con el grado de Sargento.

Orgullosa de haber sido parte en el servicio de enfermería del conflicto de Malvinas.

Gracias por el interés y el reconocimiento.

Renato Oscar Ruiz

Mi nombre es Renato Oscar Ruiz, ex soldado veterano de la guerra de Malvinas, nacido en Buenos Aires, en junio de 1962.

El 17 de marzo de 1981 entré al servicio militar, y fui destinado al Regimiento de Infantería Mecanizado 3, que su lugar de destino en ese año era La Tablada, Gran Buenos Aires.

El día 10 de abril de 1982, en columnas de vehículos de cada compañía, partimos con destino a la base aérea de El Palomar a llevar pertrechos, armamento pesado y municiones. Fueron varios viajes que se realizaron hasta la mañana siguiente.

Llegamos a las 7:00 del día 11 de abril, y nos hicieron guardar los vehículos en cada parque automotor al cual pertenecían. Dormimos hasta las 11:00, a las 12:00 almorzamos en el rancho de los soldados para que a las 13:00 pudiéramos subirnos en colectivos de línea. Luego, nos trasladaron a la base de El Palomar. A las 14:00, aproximadamente, viajamos en un Boeing 707 sin asientos, sentados en fila india, a la localidad de Río Gallegos, provincia de Santa Cruz.

A las 21:00 subimos a otro avión Boeing 737, con destino a las Islas Malvinas. Una hora más tarde aterrizamos en suelo malvinense y nos dejaron ahí en el aeropuerto, donde al día siguiente nos vendrían a buscar de nuestra Compañía para llevarnos al sitio donde se habían asentado nuestros compañeros.

El día 14 de abril partimos con rumbo a Puerto Argentino, y caminamos esos 7 km que nos separaban del pueblo. Al llegar, bajamos por un camino con dirección al mar, seguimos a pie otros 2,5 km y ahí nos quedamos hasta el final de la guerra, frente a la Bahía Eliza Cove, uno de los lugares donde habían desembarcado el 2 de abril.

Fueron días muy duros con el clima en general; la diferencia de temperatura era muy grande en comparación con Buenos Aires. Sufrimos la inundación de nuestras trincheras y lo peor, fue que nuestras ropas no se secaban con facilidad. La comida la teníamos que ir a buscar a casi 1 km de nuestras posiciones, hacia Puerto Argentino, donde llegaba un Unimog con la cocina de campaña a tiro y ahí nos repartían la comida en cilindros de acero inoxidable. Desde allí debíamos volver a la posición y calentarla nuevamente con la turba que recogíamos que ya habían dejado cortada los *kelpers*.

El día 9 de junio, después del almuerzo, fuimos por última vez a buscar turba, ya que quedaba muy poca en ese lugar, sin saber que había enterrada una mina antipersonas, colocada por nuestros soldados ingenieros después de la recuperación. Pisé una de ellas con mi pie derecho, volé por el aire y, cuando caí de espaldas aturcido, vi a mi compañero que corría a mi alrededor con esquirlas más pequeñas, en la parte superior de sus piernas.

Perdí mi pie derecho y tuve heridas en la pierna izquierda. Estaba cerca

de la 2^{da} sección de mi Compañía, por lo que ellos me rescataron del lugar para trasladarme hasta el camino que nos conectaba con el pueblo. Llegó la ambulancia de nuestra unidad y me trasladaron al hospital de Puerto Argentino, donde me operaron médicos traumatólogos militares. Sufrí la amputación debajo de la rodilla en mi pierna derecha y heridas de esquirlas en la pierna izquierda.

Me dolía todo y me sentía muy débil. El día 10 de junio me trasladaron al hospital Regional de Comodoro, donde estuve hasta el día 11 de abril, y a las 13:00 nos llevaron a varios combatientes heridos al aeropuerto para transportarnos al Hospital Militar de Campo de Mayo.

Ya más cerca de casa, entré al Hospital Militar y ahí me designaron la cama en traumatología. Después de que me revisaron los médicos, con la asistencia de sus enfermeras, me volvieron a curar; cambiaron vendas y apósitos, y me dieron un calmante para poder descansar esa noche.

A principios de junio, no recuerdo bien el día, se incorporaron al hospital enfermeras del Cuerpo Auxiliar Femenino del Ejército, mujeres jóvenes que realizaban sus prácticas en los diferentes servicios del hospital.

Ahí conocí a un grupo de personas maravillosas con mucha dedicación al paciente, pero solo recuerdo los nombres de dos de ellas que me atendían: Noemí Julio y Claudia Bustos, quienes nos controlaban la presión arterial y temperatura, colocaban inyecciones y nos daban contención psicológica, hasta el aseo personal; todo lo que ellas podían aportar a cada veterano de guerra que estaba internado en cada servicio.

Llegó el momento del alta del hospital, que fue el 19 de octubre de 1982. En el mes de febrero del año 1983 me dieron mi primera prótesis, y desde ahí siempre lo hicieron. Cada 2 años hago el pedido de nueva pierna, con la que puedo caminar normalmente sin la necesidad de usar muletas o bastones.

Desde mi alta, perdí contacto con estas grandes enfermeras que dieron todo por los pacientes que estábamos internados. Cuando comencé a usar redes sociales las busqué. En agosto de 2020, después de 38 años, la ubiqué en una red social y no lo podía creer; quería que fuese ella, le mandé un mensaje en privado y, al día siguiente, la confirmación llegó: era Noemí. Fue muy grande mi emoción al saber que se acordaba de mí y de otros camaradas que estaban en nuestro sector.

Hoy vivo en Godoy Cruz, provincia de Mendoza. Me casé con una mendocina, Bibiana Policelli, que me escribió al hospital después de salir por televisión, mediante una entrevista que me hizo Enrique Alejandro Manchini. Tengo tres hijos: Renata, Analía y Juan Manuel, ya mayores de edad, y un nieto, que se llama Joaquín y es nuestra dulzura para mi esposa y para mí.

Quiero agradecer a cada una de las enfermeras de Malvinas por permitirme estar en sus historias de vida, seguir agradecido por todo lo hecho y saber que cumplieron con su juramento.

Simplemente, ¡gracias!

Vilma Viviana Padilla

Mi nombre es Vilma Viviana Padilla, tengo 58 años y nací en Buenos Aires, Argentina. Desde muy chica soñé con ingresar al Ejército; mi hermano mayor era militar, así que entiendo que tal vez eso me motivó siempre. Recuerdo que siempre le decía a mi madre; ella me apoyaba en todo, pero lejos estaba esto de ser real algún día. Mi hermano mayor me respondía “Las mujeres no entran al Ejército”.

Corría el año 1981. Yo tenía 17 años y trabajaba desde hacía dos años en una marroquinería muy grande, que fabricaba carteras de cuero para una empresa muy importante de esa época. Había dejado el colegio secundario a los 14 años, principalmente porque no quería estudiar viendo el gran esfuerzo que hacía mi madre para mantener económicamente nuestro hogar... El dinero era muy escaso. Sin embargo, fueron varios otros los motivos que me llevaron a tomar esa decisión de comenzar a ganar mi propio dinero, que al principio era poco, pero con el correr del tiempo y adquiriendo experiencia laboral, mis ingresos aumentaron y eso me hizo feliz.

A mediados del mes de septiembre del año 1981, leí en la portada de un periódico (diario *Clarín*, creo) “El Ejército incorporará mujeres”. Esto fue lo que provocó en mí una gran ansiedad porque veía más cerca mi sueño.

Al otro día me acompañó mi madre a lo que era el Estado Mayor General del Ejército, en Capital Federal, un lugar desconocido para mí. Mi madre no pudo ingresar, pero fui acompañada por un soldado; subimos por ascensor, no recuerdo a qué piso, pero sí que era una oficina muy linda y amplia. En ella se encontraba un Oficial, quien muy amablemente me preguntó qué necesitaba y yo le respondí que quería anotarme en el Ejército, mostrándole el diario. Recuerdo su cara de asombro: comenzó a hacer llamadas por teléfono, preguntando al respecto. Luego de un momento, me dijo: “Mire, acá nadie sabe nada sobre esta noticia”, pero igual me tomó los datos y dijo que, si esto sucedía, me avisarían.

Así es como en el mes de enero del año 1982 recibí una carta de aviso para incorporarme al Ejército, con los requisitos y estudios médicos que debía realizarme, y también que el día 2 de marzo de ese mismo año debía presentarme en el Hospital Militar Central para el examen de admisión.

Así comencé a prepararme: a fines de marzo me confirmaron que había aprobado el examen de ingreso y que debía ya presentarme para incorporarme el día 15 de abril del año 1982, en la Escuela del Cuerpo Auxiliar Femenino, cita en Campo de Mayo, provincia de Buenos Aires.

Ese día fue el comienzo de mi vida militar, un sueño logrado. Conocí a mis compañeras, quienes varias de ellas continuaron junto a mí la carrera y otras, por diferentes motivos, quedaron en el camino.

Las instalaciones de este Instituto de Formación eran nuevas porque se habían creado para nosotras en realidad, o sea, lo inauguramos. Estaban acondicionadas perfectamente para vivir ahí también: éramos 4 por

habitación, con un sector de duchas y lavadero interno, muy bien equipado y pensado. En otro edificio estaba el comedor, un sector muy lindo y cómodo, con personal que nos servía la comida. Había otro edificio en donde estaban las aulas y en otro la Dirección del Instituto; también una cantina en donde podíamos comprar lo que quisiéramos. Con el tiempo, este sería nuestro lugar de encuentro y charlas.

El primer día fue muy emocionante: recibimos elementos de higiene, ropa de cama y un costurero de madera, que adentro tenía todo lo necesario. Luego pasamos el rato, almorzamos y tuvimos un rato de descanso, que, de paso, nos distendimos un poco hasta las 18 horas, que finalizaban las actividades. Yo por vivir cerca de la escuela me iba a mi casa, pero el resto se podía quedar toda la semana. A medida que pasaron los días fui entendiendo y aprendiendo las órdenes que nos impartían, como cumplir el horario para cada actividad, algo que me acompañó el resto de mi vida. Digamos que la primera semana fue para recibir todo lo necesario y completar documentación; después nos dieron el uniforme de combate completo con borceguíes inclusive. Algunas tuvimos suerte de que el talle nos quedara bien; otra tuvo que hacerle alguna modificación, pero, en general, todas estábamos ya con esta ropa. También recibimos el uniforme de aula, que consistía en una pollera con una tabla en color beige, una camisa manga larga, un suéter color verde y zapatos negros con un poco de taco, yo diría los típicos zapatos de vestir.

El horario de ingreso –para mí, que me iba todos los días– era a las 6:30 de la mañana, por lo que era cambiarme y comenzar las actividades con mis compañeras. La primera que recuerdo fue ir al aula (o sea, el área académica) con lo específico de Enfermería; eran varias materias, pero ya al mediodía teníamos el almuerzo, un rato de descanso y luego debíamos cambiarnos nuevamente, con el uniforme de combate, para recibir la Instrucción Militar (yo voy relatando todo esto, pero debo hacer un alto y contar que en nuestra habitación cada una tenía un armario en donde todo, absolutamente todo, debía estar ordenado, de la misma manera que los otros 3; un poco complicado resultó al principio, pero se logró; eso también me acompañó por el resto de mi vida).

Otra actividad que teníamos en la semana era Actividad Física y algún deporte. Como dije anteriormente, las actividades comenzaban a las 7:30 de la mañana y finalizaban a las 18:00, y los miércoles había franco a las 13:00 del mediodía. A fines de junio –no recuerdo con exactitud la fecha –nos reunieron y avisaron que comenzaríamos las prácticas hospitalarias de enfermería en el Hospital Militar de Campo de Mayo, que se encontraba en cercanías de la Escuela. Esto nos generó mucha ansiedad y, en lo personal, también un poco de incertidumbre.

Recibimos el uniforme blanco, que consistía en un guardapolvo, cofia y un saquito bordo, recuerdo que era pleno invierno y hacía mucho frío. Fue muy emotivo; ese día formamos todas, nos felicitaron y hubo mucha emoción en las caras de nuestras docentes, instructoras y Jefe de Compañía.

Llegamos al Hospital Militar y nos dividieron por grupos a diferentes sectores: a mí me tocó la Sala de Internación de Traumatología y Ortopedia. Explicar lo que sentí cuando llegué a esa sala es muy difícil para mí: hasta ese momento, yo tenía en mi mente a un paciente con una patología, digamos "común" (esguince, fractura, luxaciones, etc.), pero no esto que veía: estaba en presencia de heridos de guerra con diagnósticos raros (por ejemplo, "pie de trinchera"; se llamaba así por el tiempo prolongado de los miembros inferiores a bajas temperaturas dentro del agua o zonas muy húmedas), amputaciones, quemaduras grandes por explosión de granadas, heridas graves por esquirlas, fracturas expuestas por heridas de armas de fuego... Eran soldados y Suboficiales, la mayoría con la misma edad que yo y 18 años los más jóvenes. Fue muy chocante, triste y angustiante.

Acercarnos era difícil; estaban mal, sufriendo mucho por sus heridas y por sus familias que estaban lejos. Comenzamos con lo básico: higiene y confort, control de signos vitales, colaborar con las enfermeras administrando la medicación vía oral y con los médicos en las curaciones, que era muy duro ver eso. Trasladábamos también a los pacientes a la sala de Radiología, sala de yeso, quirófano, y los ayudábamos a moverse porque algunos realmente no lo podían hacer; tenían amputados sus miembros inferiores y no era algo fácil de asimilar para ellos. Fue realmente muy triste y muy difícil.

Y así fueron mis días... Ya con el correr del tiempo nos aceptaron mejor; también pudimos y supimos contenerlos en sus momentos de angustia, miedo y dolor. Creo que después de experimentar todo esto, comprendí que realmente estaba en el camino correcto: mi vocación de ser enfermera, junto a la carrera militar. Tengo recuerdos de haber recibido, junto a mis compañeras cuando regresábamos de la Escuela, contención psicológica mediante charlas, para poder compartir lo que vivíamos diariamente, que no era común. A decir verdad, reitero, que no nos preparan para este tipo de pacientes, pero aprendí mucho y jamás olvidaré esta experiencia como estudiante de Enfermería.

De todos los pacientes que había en ese sector, cerca de 150, recuerdo a los tres primeros que atendí: uno era Cabo Enfermero y tenía mi edad. No solo cumplió su rol de enfermero, también combatió en Malvinas; fue prisionero de guerra y había sido herido. Me confió su historia, que guardé como un trofeo en mi mente. Su nombre era Héctor Pereyra, hoy Suboficial Principal retirado del Ejército, con quien me contacté después de 37 años en 2019. El otro paciente también era Suboficial, Carlos López, y el último, Néstor Gómez.

Luego me trasladaron a la sala de internación del Servicio de Neurocirugía, en donde también había algunos pacientes heridos de Malvinas, pero ya con otros diagnósticos.

La experiencia y el aprendizaje fueron enormes, pero siempre dije que jamás volvería a tener este tipo de pacientes. No recuerdo cuánto tiempo duraron estas prácticas en el Hospital Militar de Campo de Mayo. Sé que

luego seguimos en el Hospital Militar Central, que está ubicado en Palermo, Capital Federal, y roté por diferentes servicios: Clínica Médica, Oncología, para culminar en el Hospital Interzonal de Agudos Eva Perón (ex Castex), donde tuve mis prácticas en el Servicio de Obstetricia y Maternidad y sala de Partos.

Durante los meses de incorporada al Ejército las actividades fueron muchas; prácticas de Enfermería (desde el Área Académica), clases y prácticas también de materias militares (Área Operacional), Orden Cerrado, prácticas de desfile, saludos militares, clases y prácticas de tiro, instrucción en el terreno con desplazamientos... Las materias en total eran más de 15, o sea que teníamos que estudiar mucho: eso nos permitía tener un orden de mérito, y, en base a eso, poder elegir destino.

En el mes de agosto se incorporó otra tanda de aspirantes, pero ellas ya eran Auxiliares de Enfermería; habían cursado con nosotras, pero solo la Instrucción Militar. En el mes de noviembre comenzaron los exámenes finales y esto determinaba quiénes llegaban al objetivo.

El día 3 de diciembre del año 1982 recibí el título de Auxiliar de Enfermería, y el día 4 de diciembre se realizó la Ceremonia de Egreso como Cabo Auxiliar de Enfermería del Ejército Argentino, la cual estuve acompañada por mi familia. Ese mismo día nos reunieron y me avisaron que mi destino sería el Hospital Militar de Tucumán, a 1.400 km de Buenos Aires. Esto ya lo sabíamos desde nuestro ingreso, sobre la posibilidad de ser destinadas a cualquier Unidad Militar del país, y así fue mi caso. Yo, feliz y orgullosa.

Así, un 15 de enero del año 1983, me presenté en el Hospital Militar de Tucumán, comenzando mi carrera militar y de enfermería. Fue difícil al principio, ya tenía 19 años, pero estaba muy lejos de mi familia. Con mi compañera fuimos las dos primeras mujeres militares que veían en esta Unidad y nada nos resultó fácil; nos miraban raro, en esa época el machismo se veía mucho y fue un gran desafío. Tuve la suerte de conocer muy buenas personas que me enseñaron mucho y acompañaron en mis momentos de nostalgia y tristeza por la lejanía de mi familia. Fueron 5 años de los que tengo los mejores recuerdos, como mi primer destino. En total tuve 8 cambios de destino en toda mi carrera militar.

Esta es parte de mi historia; queda mucho por contar aún: el 30 de abril del año 2017 me salió el retiro del Ejército. Cumplí con los 35 años activos que la Institución me pedía y llegué al grado de Suboficial Mayor, máxima jerarquía en la carrera de Suboficiales. Mi agradecimiento eterno a mi madre, que fue mi gran apoyo y pilar fundamental para lograr mi sueño; a mi hija, pedirle perdón por el tiempo que no le dediqué como madre, porque parte de su infancia me la perdí. Era otra época y había que cumplir con el trabajo; no eran tan permisivos, el machismo estaba muy presente y había que aprender a convivir con eso.

A 40 años de mi ingreso al Ejército puedo decir que cumplí mi sueño: logré capacitarme, recibirme de Enfermera profesional, realizar el Curso de

Comisario de Abordo –estando destinada en Aviación de Ejército–, siendo la primera mujer militar y enfermera en realizarlo (que nunca lo reconocieron); realicé el Curso de Primeros Auxilios para el Personal Aéreo, que dictaba en esa época el IMAE (Instituto de Medicina Aeroespacial) y el Curso de Suboficial Instructor, que me permitió dar instrucción de Primeros Auxilios para el personal del Ejército.

En el mes de septiembre del año 1993 me designaron para integrar una Misión de Paz en la Ex Yugoslavia para Naciones Unidas, que se extendió por 6 meses, siendo una de las dos primeras Suboficiales femeninas Enfermeras del Ejército Argentino en integrar estos contingentes.

Palabras finales

En la identidad de nuestro ser necesitamos cerrar el ciclo, y si esto implica que fuimos parte de la historia de nuestro país, nosotras ya nos reconocimos. Creemos que la misión fue cumplida y estamos en paz con nuestra conciencia.